



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

**Homilía en la apertura oficial del Curso académico 2011/2012
en el Seminario diocesano "Santo Domingo de Guzmán"
Seminario diocesano (El Burgo de Osma) - 17 de septiembre de 2011**

Queridos formadores del Seminario;
queridos hermanos sacerdotes;
queridísimos seminaristas y familias;
queridos hermanos en el Señor:

Acabamos de escuchar en el Evangelio que nos ha sido proclamado la parábola del sembrador (cfr. Lc 8, 4-15). Este texto, permitidme la expresión, *"nos viene como anillo al dedo"* para orientar nuestro quehacer para el nuevo Curso que hoy inauguramos oficialmente y en el que Dios nos va a dar a todos muchas gracias para que la simiente que Él quiere sembrar en nuestros corazones fructifique adecuadamente.

¿Qué significa, queridos hermanos, la parábola proclamada? ¿Qué mensaje podemos extraer para cada uno de nosotros? Mirad, en el texto de San Lucas escuchado distinguimos cómo la semilla es la Palabra de Dios; el sembrador, el mismo Señor; la tierra, cada uno de nosotros. El fruto obtenido de la siembra, viene a indicarnos Jesús, dependerá -sobre todo- de nosotros, de la actitud que tengamos ante Dios, su Palabra, su voluntad.

Pero, además, ¿qué significado tienen cada una de las zonas en las que cae la semilla sembrada? La simiente que cayó al borde del camino representa a aquellos en los que la Palabra no hace eco, aquellos que no se interesan mínimamente por ella ni por Dios ni por nada de lo religioso; sencillamente, podríamos decir, "pasan". La que cayó en terreno pedregoso, como dice el mismo Señor, al caer en zona con poca tierra, poco profunda, nos recuerda a aquellos que reciben con alegría la Palabra pero no tienen suficiente fuerza ni constancia para perseverar y la semilla termina secándose. En tercer lugar, la que cae entre zarzas simboliza a aquellos a quienes les preocupan tanto otras cosas que resulta imposible que la semilla dé fruto. Sin embargo, finalmente, el Señor nos habla de una buena parte de la simiente que cae en tierra buena y produce su fruto.

Queridos hermanos, pero especialmente mis queridos seminaristas, esta parábola ¿qué nos quiere decir a nosotros? ¿qué mensaje nos transmite el Señor? Quizá nos veamos reflejados en alguno de los lugares donde cayó la semilla. Quizá hayamos comenzado el Curso sin ganas, con una cierta actitud de pasotismo. Quizá querremos comenzar bien pero, apenas se nos pida esfuerzo, trabajo, constancia, etc. las fuerzas decaigan. Quizá, queridos seminaristas, otras preocupaciones -que no son en estos momentos de vuestra vida las principales- os distraigan de lo fundamental (vuestra formación humana, cristiana y vocacional en este Centro) y la semilla divina quede, así, ahogada. Ojalá vuestra actitud durante todo este Curso

sea la de la apertura a Dios, a su Palabra, para que la semilla caiga en tierra buena y produzca según las cualidades que Dios nos ha regalado: en unos treinta, en otros sesenta, en otros cien (cfr. Mc 4, 8)

¿Con qué clase de terreno nos identificamos nosotros? ¿Cuál es la semilla que Dios quiere sembrar en nuestros corazones en este año? ¡La mejor! La del crecimiento y maduración como personas; la que nos configura como niños y adolescentes responsables y auténticamente libres; la que nos ayuda a ser personas sinceras, honradas, buenas. Pero, sobre todo, la semilla que nos hace crecer espiritualmente, madurando como creyentes; avanzando, o comenzando, en el proyecto de auténtica felicidad que Dios ha pensado desde toda la eternidad para cada uno; la que nos ayuda a lograr, para el día de mañana, una fe madura, que valora y pone en primer lugar al Señor y su mensaje, y que nos abre las puertas a vivir de verdad.

Mis queridos seminaristas: no podéis olvidar que en este Centro, tan querido por tantísimos buenos creyentes de estas tierras sorianas y de fuera, se os va a brindar la mejor de las ayudas para que logréis una madurez vocacional; es decir, una formación que os ayude a discernir, a *aclarar* el camino por el que Dios os llama para que vosotros vayáis dando pasos firmes, hacia delante, siguiendo con valentía y sin temor la vocación para la que Dios os ha creado. ¡Sólo así seréis felices! Y si descubrís que Dios -por amor- os llama al sacerdocio ordenado ¡no tengáis miedo! ¡decidle “sí”! ¡sed generosos con vuestras vidas! Dios, el mejor pagador, paga el ciento por uno. Tened coraje y preguntaos cada día: “¿qué quiero hacer yo con mi vida siguiendo la voluntad divina?”.

En esta tarea formativa a todos los niveles, hermanos, estamos todos implicados: estáis los formadores y profesores, que formáis -no sólo intelectualmente- a los seminaristas y que vivís tan cerca de ellos; vuestra palabra, ejemplo, doctrina, consejo son fundamentales para estos niños y adolescentes. Pero además -y principalmente- estáis empeñados vosotros, queridos padres: el Centro, los formadores y profesores, el resto del personal de esta Casa no podrían hacer nada en bien de vuestros hijos si no se sienten acompañados y respaldados por vosotros. Debéis trabajar, en todos los órdenes, en la misma dirección: cuidad a vuestros hijos espiritualmente; sed en este campo ejemplo para ellos; ayudadles a descubrir qué quiere Dios de ellos para que sean auténticamente felices; estad pendientes siempre de su evolución académica; etc.

Queridos todos: nos ponemos bajo el amparo de la Santísima Virgen María al comenzar este nuevo Curso. Ponemos nuestras vidas en sus manos, así como en las de Santo Domingo de Guzmán y del beato Sancha, cuya santidad de vida se forjó entre estos muros. Que ellos intercedan por nosotros ante el buen Dios, el Dueño de la mies, y os ayuden a descubrir su voluntad amorosa sobre vuestras vidas, alcanzándoos la gracia de responderle con valentía y fidelidad si os sentís llamados al sacerdocio ordenado. Que así sea.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria